

programa de trabajo, y nos pusimos a la tarea con una enorme ilusión. Los fines del Centro se establecían en los Estatutos y eran los siguientes:

- 1.º Reunir la Biblioteca Feijoniana, que tendrá carácter público.
- 2.º Acopiar materiales de base para investigaciones sobre cualquier tema del siglo XVIII.
- 3.º Promover la investigación sobre temas dieciochescos.
- 4.º Agrupar de alguna manera a cuantos trabajen en este campo.

En los cinco años escasos de existencia la Biblioteca ha pasado de los cinco mil volúmenes, algunos auténticas joyas bibliográficas. Se ha logrado reunir algo más del sesenta por ciento de las ediciones feijonianas del siglo XVIII y de los folletos o libros de aquel siglo con él relacionados; nuestra colección legislativa cuenta con más de ochocientas piezas, aparte las colecciones conjuntas de Carlos III y Carlos IV; abarcamos todas las materias, desde la poesía hasta las matemáticas; entre los casi setenta manuscritos no sólo tenemos piezas excelentes, sino muchos materiales inéditos, especialmente de orden económico; la colección de prensa, entre impresos y microfilmes, incluye más de la mitad de lo publicado durante el siglo; no nos hemos privado ni siquiera de importar alguna joya bibliográfica, utilizando lógicamente servicios oficiales. Estamos orgullosos, porque en cinco años y con medios muy limitados no es posible hacer más.

En cuanto a los materiales de base, se han iniciado algunas secciones del primitivo plan de trabajo, como el índice de publicaciones de la centuria, el acopio de datos biográficos de cualquier persona que aparezca citada alguna vez, la bibliografía, las noticias de orden histórico, en el más amplio sentido, que se reflejan en la prensa, el índice de seudónimos y similares, etc. Se trata ciertamente de un trabajo que necesita bastantes años, pero que puede llegar a constituir un material de un valor inapreciable como guía de todo investigador.

En cuanto al tercero de nuestros fines, la labor que se está realizando me parece también importante. Los cinco colaboradores del Centro hacen su tesis doctoral sobre temas dieciochescos. Todos, en tanto que equipo, estamos preparando las *Obras completas* de Feijoo, y todos participamos en la redacción de la *Bibliografía dieciochista* que aparece en nuestro *Boletín*. Además de esto, acabamos de firmar un convenio con la U. E. R. du Monde Méditerranéen de la Universidad de Lyon II, que prevé el intercambio de investigadores, la colaboración mutua en investigaciones dieciochistas y la posible formulación de

un programa conjunto de investigación. Convenios similares están en estudio con otras Universidades francesas.

Dentro de esta finalidad de promover la investigación, y en cumplimiento de la petición de 1964 de institucionalizar el Simposio, se aprovechó la efemérides del tercer centenario del nacimiento del P. Maestro para convocar el II Simposio. Puedo asegurar que su éxito fue rotundo. Frente a la treintena de participantes de 1964, ahora fueron algo más de ochenta, signo claro de la importancia que los estudios dieciochistas han alcanzado en los últimos diez años. No puedo en estos momentos ni citar los nombres de todos los participantes, ni tampoco debo olvidarme de nadie. Pero sí puedo asegurar que el nivel medio de las ponencias y comunicaciones ha sido tan alto, que pocas veces se podrá asegurar, como en ésta, que ha nacido una nueva visión del siglo XVIII español. El concepto de Ilustración, la preocupación de unos y otros por el primer dieciocho, los problemas religiosos, la economía y sus relaciones con lo cultural, y otros múltiples temas de la historia y de la cultura del XVIII han sido tratados no sólo con datos nuevos, sino también con nuevas perspectivas. Tengo la seguridad de que la publicación de las *Actas* será un momento importante en el dieciochismo español.

Y estamos ya pensando en el III Simposio, que muy bien podría reunirse en 1979, para conmemorar las bodas de plata de la creación de la Cátedra Feijoo.

Finalmente, el Centro reúne en estos momentos a 220 especialistas en el siglo XVIII español, desperdigados por diecinueve naciones, sin que estén ausentes las lejanas Japón, Australia o la URSS. Su colaboración es importante, pero aspiramos a que existan lazos más estrechos, especialmente en el intercambio de informaciones útiles para todos.

#### EL PENSAMIENTO DE FEIJOO, HOY

Volvamos al acuerdo del Simposio de 1964. Se subraya allí la «actualidad y fecundidad del pensamiento feijoniano», lo que le erige en maestro de las generaciones actuales, después de haberlo sido de las del siglo XVIII. Los que redactaron esta frase es indudable que no pensaban ni en la validez simple de su pensamiento científico ni en una declaración sentimental de magisterio actual. Ninguno de nosotros acudirá al *Teatro Crítico* o a las *Cartas Eruditas* para aprender medicina, o ciencias de la naturaleza, o filosofía, o teología, o historia, o principios literarios. Muchos de sus discursos y de sus cartas no son hoy otra cosa que una pieza de museo, si los contem-

plamos con esa perspectiva. ¿En qué puede entonces consistir el magisterio actual del P. Feijoo? Creo que fundamentalmente en los tres siguientes puntos: Negación del principio de autoridad, cultura enciclopédica y libertad de espíritu.

1.º *Negación del principio de autoridad.*—Es necesario estar habituado a lo que era la ciencia en la época de Feijoo (y dejo a un lado la larga historia que a ello conduce, así como los antecedentes de la actitud feijoniana) para darse cuenta de lo que significaba la rebeidía del P. Maestro. En filosofía como en medicina, en teología como en física, en matemáticas como en literatura, las cosas eran como eran porque alguien las había definido alguna vez de aquella forma determinada. Una idea era válida porque la había formulado un determinado autor, elevado por sus seguidores a la categoría de autoridad indiscutible. Si ese autor aseguraba que el cielo se componía de esferas de distintos colores, el cielo debía tener esferas de distintos colores, aunque los ojos de quienes lo contemplaran gritaran una realidad distinta. Desde Aristóteles para acá una serie de tratadistas habían precisado los límites de todo el saber humano, y lo más a que se podía aspirar era a elegir entre las autoridades contrapuestas; para esto existía el arte del silogismo, que se aprendía a manejar hábilmente desde los estudios iniciales de la Universidad. Pero había además la Escuela, según la cual uno pertenecía a un determinado grupo de, llamémoslos así, intelectuales. Y era cuestión de honor personal defender la doctrina del Maestro, aunque el mundo se hundiera. Frente a esta organización de la ciencia universitaria y oficial, Feijoo, sin que en ello haya sido exactamente un innovador, se levanta como un gigante que enarbola su poderosa maza y con ella golpea a diestro y siniestro.

Feijoo niega el criterio de autoridad para las ciencias experimentales o las artes que dependen de la opinión de los hombres. Salva, ciertamente, a las ciencias que se fundan en la revelación, aunque también en este caso trata de reducir las opiniones humanas aceptadas al simple plano de opinión humana, y por lo mismo discutible, sin confundirlas con las verdaderas de origen divino. Y el criterio de autoridad lo sustituye por la experimentación o por el criterio personal fundado en esa experiencia. En este sentido Feijoo es un ilustrado total, acaso el más ilustrado de los españoles del siglo XVIII, que cumple exactamente con las condiciones que Kant señala para la Ilustración: «La Ilustración consiste, escribe, en el hecho por el cual el hombre sale de la minoría de edad. El mismo es culpable de ella. La minoría de edad estriba en la incapacidad de servirse del propio entendimiento, sin la dirección de otro. Uno mismo es culpable de

esta minoría de edad, cuando la causa de ella no yace en un defecto del entendimiento, sino en la falta de decisión y ánimo para servirse con independencia de él, sin la conducción de otro. *¡Sapere aude!* ¡Ten valor de servirte de tu propio entendimiento! He aquí la divisa de la Ilustración. La mayoría de los hombres, a pesar de que la naturaleza los ha librado desde tiempo atrás de conducción ajena, permanecen con gusto bajo ella a lo largo de la vida, debido a la pereza y la cobardía. Por eso les es muy fácil a los otros erigirse en tutores. ¡Es tan cómodo ser menor de edad! Si tengo un libro que piensa por mí, un pastor que reemplaza mi conciencia moral, un médico que juzga acerca de mi dieta, y así sucesivamente, no necesitaré del propio esfuerzo. Con sólo poder pagar, no tengo necesidad de pensar: otro tomará mi puesto en tan fastidiosa tarea» (3).

Ese *sapere aude* es, en definitiva, la divisa fundamental de Feijoo, con todo lo que tiene de osadía frente a la ciencia recibida y frente al argumento de autoridad. La Ilustración pensaba en hombres que fueran capaces de ejercer en su plenitud las fuerzas de su Intelecto, y Feijoo sostiene una y otra vez lo mismo. Podrían citarse infinitas frases suyas al respecto. Su crítica acerba a los médicos, por ejemplo, no es una crítica a la medicina, sino una crítica a los que creen que por haberse aprendido unos cuantos aforismos tienen ya derecho a curar o matar a los enfermos. Coincide con Kant, que pensaba probablemente en lo mismo cuando dice: «Si tengo un médico que juzga acerca de mi dieta, no necesitaré del propio esfuerzo.» Y lo mismo podríamos decir de otra serie de ciencias o de saberes humanísticos, incluso de aquellos que, como la historia, solían fundarse en el puro criterio de autoridad. Aquel profesor universitario de Sagrada Escritura o de Teología tenía que ser un curioso profesor, en tanto que estaba obligado a recurrir al criterio de autoridad, cuando él lo estaba negando prácticamente siempre, salvo cuando se trataba de verdades reveladas, las cuales ciertamente no son la ciencia teológica, sino su base. Y conviene aclarar, en evitación de errores, que negar el principio de autoridad no significa negar por sistema la validez de las afirmaciones ajenas, ni prescindir de la bibliografía. Significa simplemente someter todo a una estricta crítica, pero aceptar sólo lo que ofrezca las mínimas condiciones de credibilidad.

El problema no ha desaparecido, sino que sigue siendo una verdadera lacra de nuestra ciencia oficial y de nuestros universitarios, acaso agravada en los últimos años. ¿Es que no siguen existiendo los médicos que, ante el enfermo, sólo hacen uso de lo que han apren-

---

(3) Immanuel Kant: «Respuesta a la pregunta ¿Qué es la Ilustración?», en *Filosofía de la Historia*, Buenos Aires, Editorial Nova, 1958, p. 57. La traducción es de Emillo Estiú.